


# EL MIEDO: LA MÁS POLÍTICA DE LAS PASIONES

ARGENTINA Y MÉXICO, SIGLOS XVIII-XX

---



Fausta Gantús  
Gabriela Rodríguez Rial  
Alicia Salmerón  
coordinadoras

*historia*  
política

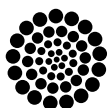
# EL MIEDO: LA MÁS POLÍTICA DE LAS PASIONES

ARGENTINA Y MÉXICO, SIGLOS XVIII-XX

---

Fausta Gantús  
Gabriela Rodríguez Rial  
Alicia Salmerón  
coordinadoras

*historia*  
política



**CONACYT**  
Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología

  
ANIVERSARIO

  
Instituto  
Mora



## MIEDOS ÍNTIMOS Y MIEDOS PÚBLICOS: ENTRE INGENIOS SITIADOS Y AMENAZAS DE DESABASTECIMIENTO. TUCUMÁN DURANTE EL PRIMER PERONISMO\*

Florencia Gutiérrez

Desde finales de 1943, después de muchas décadas de frustrados e intermitentes esfuerzos de organización laboral, los obreros azucareros del norte argentino avanzaron sensiblemente en su sindicalización. El aliento estatal, comandado por Juan Domingo Perón desde el Departamento Nacional de Trabajo –luego convertido en Secretaría de Trabajo y Previsión– y articulado en Tucumán por Carlos Aguilar, director de esta agencia a nivel provincial, resultó clave para fundar por la veintena de ingenios un sindicato.<sup>1</sup> La resuelta decisión de las agencias estatales fue rápidamente recuperada por actores que percibieron en este posicionamiento una forma de revertir los sofocados y débiles intentos de organización obrera.

En este contexto de preocupaciones, no se puede desconocer cómo los fracasados esfuerzos asociacionistas calaron en la experiencia obrera de los

\* Este capítulo se realizó en el marco de los proyectos de investigación: “El mundo del trabajo: actores, condiciones sociolaborales y derechos. Tucumán, siglos XIX y XX”, financiado por el Consejo de Ciencia y Técnica de la UNT y “Mediadores, redes sociales y cambio político. Los pueblos azucareros de Tucumán durante el primer peronismo (1943-1955)”, Agencia Nacional de Promoción Científica y Técnica.

<sup>1</sup> El golpe de Estado de junio de 1943, que derrocó al presidente Ramón Castillo, posicionó a Juan Domingo Perón en el Departamento Nacional de Trabajo, luego convertido en Secretaría de Trabajo y Previsión (STYP), decisión que implicó sustraerlo del Ministerio del Interior para jerarquizarlo como una Secretaría de Estado dependiente de la presidencia de la nación. El alcance de esta transformación burocrática implicó extender la jurisdicción territorial de la agencia al conjunto de las provincias argentinas, cuyos Departamentos de Trabajo fueron convertidos en Delegaciones Regionales de la Secretaría de Trabajo y Previsión. Estas agencias, a través de la Oficina de Conciliación, se proponían “gestionar centralizadamente todos los conflictos laborales [...] controlando el sistema de conciliación y arbitraje entre obreros y patronos, ya sea recibiendo las presentaciones y denuncias o interviniendo de oficio, en forma directa y espontánea en las contiendas que deriven del trabajo”. Por su parte, la Policía de Trabajo disponía de capacidad para hacer inspecciones, recibir denuncias, multar a infractores y levantar actas, entre otras. De esta forma, las Delegaciones Regionales contribuyeron a “jerarquizar la acción estatal en la materia y, por otro lado, a lograr una gestión más eficiente y profesional de la política social”. Juan Manuel Palacio, “El peronismo y la invención de la justicia del trabajo en la Argentina”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 25 de septiembre de 2013, en <<http://journals.openedition.org/nuevomundo/65765>>. [Consulta: 5 de abril de 2018.]

años cuarenta. El testimonio de Rolando González, trabajador del ingenio Bella Vista, ilumina este aspecto:

asistíamos a las reuniones así un poco a escondidas, no es que le temíamos al gobierno, le temíamos a la reacción de los patrones. Porque en ese tiempo ser socialista, le digo socialista no comunista porque eso era peor, que nos olfatearan que teníamos esas ideas [...] era causa de despido para ellos [...] Entonces las reuniones eran así, un poco con miedo, un poco en las oscuridades, una vez nos reuníamos en una casa, otra vez nos reuníamos en otra, hasta que se constituyó la primera comisión directiva del sindicato obrero de Bella Vista.<sup>2</sup>

La elección de ámbitos privados o distantes de la fábrica para alentar la creación de sindicatos no fue casual, el temor a la represalia de los empresarios explica la elección de los furtivos lugares de reunión. En este contexto, lo primero que hizo el director del Departamento Provincial de Trabajo (DPT) fue impulsar y presenciar las primeras asambleas, mismas que se concretaron en disímiles espacios (a la vera de una ruta, en casas particulares, en parajes alejados del ingenio, así como en cines y galpones). Pero en cuestión de semanas, a decir de Aguilar, el derrotero se invirtió, “ya no me tocaba ir al lugar” sino que “me venían a buscar”.<sup>3</sup> Por tanto, el primer esfuerzo de la agencia estatal, desde finales de 1943, fue vencer las resistencias de los industriales a la sindicalización, pero también desarticular los temores obreros. A principios de 1944, la veintena de ingenios del piedemonte tucumano ya contaban con su sindicato de base y, en junio de ese año, estos núcleos dieron lugar a la Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera (FOTIA), primer sindicato azucarero de segundo grado del país.<sup>4</sup>

De esta forma, a mediados de los años cuarenta, la mayor presencia de las agencias estatales y el avance de la sindicalización obrera, convertidas en inéditas protagonistas del mundo azucarero, redimensionaron la relación entre obreros y patrones. La actuación de la Delegación Regional de la Secretaría del

<sup>2</sup> Entrevista a Rolando González, realizada por Atilio Santillán (hijo), Bella Vista, Tucumán, 10 de octubre de 1999. Agradezco a Manuel Valeros por facilitarme este documento.

<sup>3</sup> Entrevista a Carlos Aguilar, realizada por Fernando Siviero, San Miguel de Tucumán, Tucumán, 21 de octubre de 1988, en Gutiérrez y Rubinstein, *El primer peronismo*, 2012, p. 285.

<sup>4</sup> Desde finales del siglo XIX, Tucumán definió su modelo productivo en clave agroindustrial, en tanto el cultivo e industrialización en gran escala de la caña de azúcar se convirtió en el motor de la economía provincial. En los años cuarenta, funcionaban 27 ingenios y, aproximadamente, en la zafra de 1946 trabajaron 20 000 trabajadores de fábrica y 111 000 obreros de surco. Temporalmente, este texto se sitúa en el periodo comprendido entre 1943 y 1949, es decir, desde la gestión de Juan D. Perón al frente del Departamento Nacional de Trabajo y su decidido impulso a la fundación de la FOTIA (1944) hasta fines de 1949, cuando después de una larga huelga –y con Perón en la presidencia de la nación– la Federación azucarera fue intervenida por la Confederación General del Trabajo.

Trabajo y Previsión (DRSTYP) –impulsora de la sindicalización y de una decidida intervención en pos del cumplimiento de los derechos laborales– derribó los portones de los ingenios y cuestionó la concepción privada de las relaciones de trabajo defendida por los industriales.<sup>5</sup> Ahora bien, a lo largo de la primera década peronista, no sólo se puso en cuestión la concepción y el papel del Estado en materia laboral, por el contrario, el peronismo interpeló “un conjunto de supuestos vinculados a las relaciones sociales, las formas de deferencia y los acuerdos”, en gran medida tácitos, acerca de cuál era el “‘orden natural de las cosas’ y el ‘sentido de los límites’”.<sup>6</sup> Una de las dimensiones de este cuestionamiento fue la transferencia de poder operada en las fábricas en favor de los obreros y, por tanto, en detrimento de las facultades patronales. La injerencia de los sindicatos en la organización de los procesos laborales o la administración del personal se volvió una constante y “la lucha por restablecer el pleno control patronal en los lugares de trabajo [se convirtió en] uno de los ejes nodales del periodo peronista”.<sup>7</sup> En las comunidades azucareras el trastrocamiento del “sentido de los límites” fue mayor que en otros ámbitos laborales, dado el compartido ámbito de producción y reproducción que, particularmente en términos de vivienda, implicaba la cercanía espacial entre patrones y obreros. En estos espacios la “revancha de la cultura plebeya” implicó la asunción de una actitud desafiante que los empresarios asumieron en términos de amenaza.<sup>8</sup>

En el marco de estas preocupaciones, este texto se pregunta cómo durante los años analizados el miedo se politizó, de qué forma esa emoción –entendida como “la percepción de un daño”– fue resignificada en el contexto de una transferencia de poder en favor de los obreros y un profundo cuestionamiento a las prerrogativas patronales, dinámica que alteró la cotidianidad fabril y comunitaria azucarera.<sup>9</sup> La reiterada declaración de huelgas, la denunciada indisciplina y el avance obrero en tradicionales facultades de los industriales promovían, en

<sup>5</sup> En las décadas de 1920 y 1930, los fallidos intentos de agremiación y las dificultades para declarar huelgas en los ingenios se conjugaron con la debilidad del Departamento Provincial de Trabajo, creado en 1917 por el gobernador radical Juan Bautista Bascary. Su fundación por decreto, y no por la vía legislativa, fue un argumento recuperado por los empresarios para restarle legitimidad e invalidar su accionar. Estos condicionamientos se imbricaron y potenciaron con la concepción privada de las relaciones laborales sostenida por los industriales, quienes impugnaron el papel interventor de la agencia y presionaron al gobierno provincial para limitar su avance. Véase Landaburu, “Los industriales y el Departamento”, 2013 y Ullivarri, “Trabajadores, Estado”, 2013.

<sup>6</sup> James, *Resistencia e integración*, 2005, pp. 46-47.

<sup>7</sup> Schiavi, “Algunas consideraciones”, 2001, p. 189.

<sup>8</sup> El término “revancha de la cultura plebeya” es tomado de Adamovsky, *Historia de la clase*, 2009, p. 265.

<sup>9</sup> Robín, *El miedo. Historia*, 2009, p. 46. Asociamos el miedo con la noción de daño o amenaza, en tanto alude a la percepción de subversión de determinado orden, armonía o equilibrio y, por ende, alienta un sentimiento de inseguridad ligado a la ansiedad y el miedo. Rosas Moscoso, “El miedo en la historia”, 2005, p. 27. Para una conceptualización de los miedos, además de la introducción de este

palabras de estos, “un estado de dislocación social” intolerable, un “calamitoso estado de cosas”, una “rebeldía impropcedente” que “relajaba el principio de autoridad” en los ingenios y atentaba contra la libertad individual en los pueblos.<sup>10</sup>

En tal sentido, en el espacio azucarero, el miedo se articuló en el cruce del revanchismo obrero, la noción de amenaza percibida por la patronal y la preocupación estatal por preservar el funcionamiento del parque agroindustrial. En cuanto a este problema, el texto se organiza en torno a dos ejes. El primero se enfoca en los empresarios y supone preguntarnos: ¿qué temores despertó en los industriales el creciente poder obrero? y ¿por qué la configuración espacial de las comunidades azucareras constituye una dimensión clave para explicar esos miedos? En un segundo momento, este capítulo procura responder ¿cómo el miedo fue experimentado y públicamente recuperado por la corporación empresarial?, ¿qué miedos, a su vez, atizaron los propietarios de los ingenios? y, finalmente, ¿de qué forma el gobierno alentó el desafío obrero, pero también intentó controlarlo para apaciguar los temores empresariales y equilibrar los intereses sectoriales?

## PUEBLOS INCOMUNICADOS: LOS TRABAJADORES SIEMBRAN “LA CONFUSIÓN Y LA ALARMA GENERAL”

La estructura descentralizada de la FOTIA alentó la declaración de huelgas parciales (por ingenio). Los sindicatos de base, es decir, la veintena de sindicatos fundados en las fábricas, tenían autonomía para decidir sobre múltiples cuestiones, entre ellas, declarar huelgas. De esta forma, respaldados por la facultad que les concedía el estatuto, y alentados por la sensibilidad obrerista del gobierno, los paros se multiplicaron en los ingenios. Si los empresarios asistieron azorados al proceso de organización sindical, con horror percibieron que muchas de las huelgas pretendían incidir en la administración y organización de la fuerza laboral y el control de los procesos productivos, prerrogativas –hasta ese momento– estrictamente patronales.

Así, el trato “desmedido” o “desconsiderado” que los administradores y el personal jerárquico dispensaban a los obreros y la exigencia sindical para despedir a estos “inmediatos colaboradores” de los empresarios fueron la causa de múltiples paros.<sup>11</sup> Contrariados por esta inédita demanda, en septiembre de 1945, el Centro Azucarero Regional (CAR) –corporación que organizaba a

---

libro, remitimos al capítulo de Souto Mantecón, quien recupera y problematiza cómo el temor, el miedo y terror fueron manipulados políticamente en la Nueva España del siglo XVIII.

<sup>10</sup> Schleh, *Compilación legal*, 1947, pp. 504, 506 y 528.

<sup>11</sup> Este problema fue analizado en Gutiérrez, “La irrupción del poder”, 2014.



los empresarios del dulce de Tucumán– le informó a Perón que los obreros del San José reclamaban la cesantía del jefe de fabricación, quien contaba con 25 años de antigüedad, y los del Mercedes exigían la separación de dos empleados. Estos requerimientos fueron definidos como una “inaceptable pretensión” de los trabajadores, quienes procuraban “tomar injerencia en la administración de las fábricas y en el manejo y selección de su personal”.<sup>12</sup> Al unísono, especialmente en el periodo de interzafra, los sindicatos intentaron incidir en la organización de los trabajos de cultivo. Esta aspiración –destinada a aumentar la demanda de mano de obra– los condujo a reclamar, por ejemplo, la “distribución del trabajo de reparaciones” en la fábrica, “de tal manera que resulten beneficiados también los obreros del surco que se encuentran desocupados”.<sup>13</sup>

Pero la patronal no sólo fue interpelada por el creciente poder obrero expresado en la sindicalización, los paros y las “inadmisibles pretensiones” de los trabajadores. También lo fue por la DRSTYP, que no sólo alentó la formación de sindicatos, sino que procuró una efectiva aplicación de la legislación laboral, en gran medida, impulsada por los decretos presidenciales que, a lo largo de la primera década peronista, regularon la agroindustria azucarera.<sup>14</sup> El accionar estatal en espacios reacios a su intervención, como los ingenios, suscitó un cambio en las relaciones de fuerza. La formación de “comisiones de inspectores” para fiscalizar el cumplimiento de las leyes y decretos que reglamentaban el trabajo; la existencia de un cuerpo de abogados para asesorar a los trabajadores; la multiplicación e institucionalización de instancias de conciliación donde obreros y patrones, bajo el paraguas de la DRSTYP, negociaban convenios; la creación de una justicia del trabajo que no sólo sería gratuita, sino que pretendía equilibrar la desigualdad inherente a toda relación laboral, expresaron ese “mundo al revés” que conmocionó el mundo del trabajo y, muy especialmente, al rural.

Ahora bien, en razón de la configuración espacial de las comunidades azucareras, la percepción de amenaza vivida por los empresarios no se circunscribió al espacio fabril y al cuestionamiento de sus prerrogativas patronales. Por el contrario, la imbricación del ámbito productivo (ingenio) y el reproductivo (especialmente en términos de vivienda) fraguó la cercanía entre el lugar de habitación de la patronal y los trabajadores.<sup>15</sup>

<sup>12</sup> Schleh, *Compilación legal*, 1947, p. 446.

<sup>13</sup> *La Gaceta*, 16 de noviembre de 1945.

<sup>14</sup> Los lineamientos de la política azucarera fueron analizados por Bravo y Gutiérrez, “La política azucarera”, 2014, pp. 7-31.

<sup>15</sup> Las comunidades azucareras constituyen un singular laboratorio para desandar la dicotomía entre espacio público (ámbito fabril) y espacio privado (hogar) y restablecer sus vínculos e interlocuciones. Indagar en esos solapamientos permitiría ponderar cómo en el hogar proletario se discutió de política –la fundación de unidades básicas en la vivienda familiar constituye una expresión de esa politización–, se debatió sobre la participación de la familia en las protestas obreras –especialmente de las mujeres– y se precisaron

En estas comunidades la gente “se conocía [porque] directa o indirectamente estaban relacionados con el ingenio, única fuente de trabajo, lo que trasladaba el escalafón laboral a la vida cotidiana [...] Arriba estaba el Administrador, luego los jefes jerárquicos, los empleados administrativos, los obreros fabriles y los peones de surco, que trabajaban en los cañaverales”.<sup>16</sup> En la época de zafra (extendida entre mayo y noviembre) llegaban los trabajadores temporarios, familias enteras que procedían, mayoritariamente, de las vecinas provincias de Santiago del Estero y Catamarca. El epicentro del espacio comunitario era el ingenio y el *chalet* de los propietarios, la distancia o cercanía que el resto de las viviendas tenía con estos referentes (tanto como el diseño y calidad de sus construcciones) expresaba el estatus sociolaboral de sus ocupantes. “En consecuencia, las destinadas a los pocos empleados jerárquicos y técnicos se ubicaban pegadas o en frente de las fábricas, luego las de los empleados administrativos, más alejadas las de los obreros permanentes y, luego de estas, los “pabellones” o “conventillos” destinados a los trabajadores temporarios.<sup>17</sup> Las fotos aéreas de los ingenios constituyen un puente para aprehender esta espacialidad.

La vista panorámica y de conjunto que nos brinda la fotografía del Bella Vista repone la particularidad de una geografía dominada por la centralidad del ingenio, ícono productivo abrazado por el tendido férreo que llegaba hasta su propia entrada (véase imagen 1). Asimismo, la fábrica dividía y organizaba un espacio claramente delimitado. Mirando de frente la fotografía, a la izquierda del ingenio se destaca el *chalet* de los propietarios (rodeado de árboles y delimitado por una construcción de material). Frente a él se ubican tres viviendas (cuyas dimensiones van decreciendo), la primera y más grande era el escritorio del ingenio y las dos restantes eran las casas del administrador y subadministrador. A la derecha de la fábrica, delante de tres galpones donde funcionaba la carpintería, se distingue un grupo de cinco viviendas destinadas al personal jerárquico. Más alejadas (en la esquina superior derecha de la foto) se levanta el denominado “pueblo obrero”, espacio delimitado por las casas destinadas a las familias de los trabajadores permanentes y algunas reservadas para los obreros temporarios (la diversidad de estructuras expresaba, como en las otras construcciones, las diferencias sociolaborales de sus moradores).

---

las formas y límites que podían asumir las acciones colectivas –desde colectas y ollas populares hasta evitar un corte de luz que afectaba, por ejemplo, la atención en el hospital del pueblo–. En esta tónica de preocupaciones, destacamos el trabajo de Silvana Palermo, “Pueblo chico, mundo grande: familia, protesta y cultura de izquierdas en las localidades ferroviarias del noroeste argentino (1900-1930)”, *Estudios del ISHIR*, vol. 10, 2020, en <<https://web3.rosario-conicet.gov.ar/ojs/index.php/revistaISHIR/article/view/1045>>. [Consulta: 8 de agosto de 2020.] y Lobato, “Historia social”, 2011, especialmente las pp. 33-39.

<sup>16</sup> Mercado, *El Gallo Negro*, 1999, p. 16.

<sup>17</sup> Campi, “Contrastes cotidianos”, 2009, pp. 253-254. Desde la perspectiva arquitectónica, la configuración de las comunidades azucareras fue estudiada por Paterlini de Koch, *Pueblos azucareros*, 1987.





Imagen 1. Ingenio Bella Vista. Fuente: Argentina. Archivo General de la Nación. AGAS01. Fondo Acervo Gráfico Audiovisual y Sonoro. Sección Departamento Documentos Fotográficos. Serie Repositorio Gráfico. Fotografía en papel. Caja 3035. Número de inventario: 167649. Ingenio Bella Vista, Tucumán (s/f).

La referencia archivística de la fotografía señala que corresponde al ingenio Santa Ana, pero la posibilidad de cotejar diversas imágenes aéreas nos permite afirmar que se trata del Bella Vista.

Esta particularidad espacial modeló los repertorios de confrontación obrera, los que superaron la esfera estrictamente fabril para impactar en la vida doméstica de los industriales y sus más cercanos colaboradores (administradores, personal jerárquico y administrativo y técnicos). El telegrama que el CAR envió en 1945 al ministro del Interior informándole del tenor de los acontecimientos huelguísticos en el ingenio Mercedes sintetiza la “coreografía” del descontento y las experiencias patronales asociadas al miedo y otras emociones. La corporación empresarial señalaba que obreros y empleados

se han entregado a la ejecución impune de los más reprobables desmanes, como ser el abuso de armas, la privación de la libertad individual de autoridades de la compañía y de los empleados no adheridos al movimiento, como también de sus respectivas familias, y el asalto y la violación de domicilios [...] el daño intencional a las propiedades y haciendas del ingenio; la interrupción de la

comunicación telefónica con la ciudad de Tucumán [...] la interrupción de los servicios de agua y luz a la población del ingenio.<sup>18</sup>

Las noticias que de las huelgas hizo *La Gaceta*, el principal diario de Tucumán, ayudaron a fraguar, en esta y otras oportunidades, el “estado de inquietud” que se vivía en los ingenios.<sup>19</sup> Espacios laborales que la prensa definía como “sitiados e incomunicados” por los huelguistas, quienes no conformes con el control comunitario realizaban toda clase de desmanes. Frente a la huelga del Mercedes, el periódico reseñó que las pedradas y balazos a las casas de los empleados desafectos a la medida de fuerza se conjugaron con diversos “atropellos”. A un empleado “le pusieron un lazo en el cuello y lo llevaron desde el ingenio al sindicato, obligándolo a gritar diversas consignas”, a otro lo pasaron por las calles “haciéndolo objeto de vejámenes” y a un tercero “lo sacaron violentamente de su casa y lo obligaron a gritar 20 veces ¡Viva Perón!”<sup>20</sup> *La Gaceta* dedicó extensos artículos a los paros azucareros, noticias que eran alimentadas por los corresponsales en los departamentos del interior, ilustradas con fotografías y acompañadas de la reproducción de los petitorios obreros, así como de los telegramas y solicitadas empresariales.<sup>21</sup> De esta forma, las huelgas que paralizaban a la principal actividad productiva de la provincia acapararon las páginas de la prensa. La persistente y notoria presencia de notas, fotografías, solicitadas y telegramas coadyuvó a forjar y socializar un imaginario signado por el miedo y la zozobra que asolaba los ingenios.

Pocos meses después de este paro, un tono similar utilizó el presidente del CAR y propietario del ingenio Concepción, José María Paz, quien denunciaba al interventor federal que “turbas” habían cometido “toda clase de desmanes en edificios administrativos, casas de familia, roturas de portones y cercas”, motivo por el cual solicitaba al ejecutivo “restablezca el derecho de propiedad violada y

<sup>18</sup> *La Industria Azucarera*, noviembre de 1945, núm. 625, p. 643.

<sup>19</sup> El diario *La Gaceta*, fundado en 1912, era el más importante de la provincia y de la región del noroeste argentino, su línea editorial “era tributaria de un bagaje liberal con un fuerte énfasis en la defensa de los derechos individuales y el ideario republicano”. Crítico de las políticas laborales impulsadas por Perón en materia laboral, a las que tildaron de engañosas y demagogas, lideró la campaña opositora a su candidatura presidencial en 1946 y repudió la política del gobierno peronista, especialmente, frente a los medios masivos de comunicación. Véase Lichtmajer, “La articulación de una estrategia”, 2013, pp. 169-191.

<sup>20</sup> *La Gaceta*, 21 de noviembre de 1945.

<sup>21</sup> Una solicitada es un artículo, escrito o noticia que, mediante pago, es publicada en un periódico a petición de la persona o institución interesada. La prensa fue y es un actor clave en la construcción y circulación de los miedos. En este libro, Rodríguez Rial analiza de qué forma ciertas emociones (el amor, el odio y el miedo) incidieron y modelaron la representación del pueblo como actor político en la escritura periodística de Domingo Sarmiento. Por su parte, el capítulo de Gantús recupera la forma en que, entre 1909 y 1913, la caricatura política fomentó el miedo a Emiliano Zapata, es decir, cómo en plena coyuntura revolucionaria, estas imágenes se erigieron en un novedoso agente intimidatorio.

se otorgue garantías para la vida de las personas que habitan dentro del ingenio”. Horas más tarde, Paz envió un nuevo telegrama para informar que, pese a los reiterados pedidos, la policía no había acudido a la fábrica, “no obstante ser el ingenio el que se halla más próximo a la ciudad”. En su misiva advertía que no sólo esta se encontraba “en poder de los obreros en huelga”, sino que su “casa particular ubicada dentro del establecimiento” estaba “igualmente rodeada por más de doscientas personas que profieren amenazas contra sus moradores”.<sup>22</sup>

El telegrama de Paz nos devuelve un tópico que, constantemente recuperado por los industriales, acrecentaba su intranquilidad: la pasividad de la policía frente a las huelgas obreras.<sup>23</sup> Insistían en que la actitud de los agentes se circunscribía “a certificar los hechos con su presencia, sin adoptar ninguna medida de represión”.<sup>24</sup> Seguramente, los márgenes de tolerancia gubernamental fueron evaluados por los obreros y la “confianza en que desde el poder estatal no se recurrirá a la represión” fue un cálculo que no escapó a los sindicatos.<sup>25</sup> Sin embargo, la declaración de ilegalidad de muchos paros y la intervención a los sindicatos de base –por parte de la DRSTYP– fueron medidas que intentaron frenar la ofensiva obrera para reencauzarla por los canales formales de negociación previstos por las agencias estatales.

Otro común denominador de la protesta fue la irrupción de los huelguistas en la usina eléctrica del ingenio, acción que implicaba paralizar las actividades industriales, pero también privar de luz y agua a la comunidad azucarera. En 1946, la patronal del San Pablo informaba que un grupo de obreros “sacaron con amenazas al personal que trabajaba en la usina y cortaron la luz para dejar a oscuras el establecimiento y la población del ingenio”.<sup>26</sup> Dos años después, el diario *La Gaceta* informaba que la huelga en La Trinidad asumía graves proporciones porque los dirigentes sindicales no permitieron que “trabajen los obreros de servicio en la usina y bomba, de donde se suministra luz eléctrica

<sup>22</sup> *La Industria Azucarera*, enero de 1946, núm. 627, p. 10. En la actualidad, el ingenio Concepción continúa moliendo, la distancia de la fábrica con la capital tucumana es de 15 kilómetros.

<sup>23</sup> Los vínculos entre la policía, el gobierno provincial y los empresarios azucareros constituye un problema de estudio clave pero poco explorado por la historiografía tucumana. La reciprocidad que medió entre estos actores resulta importante para explicar las formas de coacción y control sobre el mercado de trabajo a fines del siglo XIX. Véase, por ejemplo, Campi, “Captación forzada”, 1993, pp. 47-71. Asimismo, el foco puesto en la policía ilumina las prácticas y dinámicas electorales en los distritos azucareros; en este sentido remitimos a Lichtmajer, “Repensando el proceso”, 2020, pp. 103-131. Finalmente, el disímil rumbo que podía asumir una huelga obrera, como la azucarera de 1923, no puede explicarse sin aludir a la actuación de los comisarios, quienes eran nombrados por el ejecutivo provincial. Este problema fue analizado por Bravo, *Campesinos, azúcar*, 2008, pp. 255-262.

<sup>24</sup> *La Industria Azucarera*, enero de 1946, núm. 627, p. 17.

<sup>25</sup> Mackinnon, “El protagonismo del movimiento”, 2003, p. 99.

<sup>26</sup> Schleh, *Compilación legal*, 1947, p. 502.

y agua potable a los pobladores de esa fábrica”.<sup>27</sup> La fotografía del imponente *chalet* del San Pablo nos devuelve la estrecha cercanía con el ingenio (del que se destacan sus chimeneas) y, por tanto, repone el indisociable vínculo entre el funcionamiento de la usina y el suministro de los servicios de luz y agua a la comunidad laboral (véase imagen 2).

Los obreros de la usina ocupaban una “posición estratégica” por su capacidad para interrumpir la producción y, por ende, coadyuvar a forzar la negociación sectorial.<sup>28</sup> Pero en el caso de los ingenios, el impacto de esta paralización productiva afectaba, sin distinciones, la cotidianidad del conjunto de la comunidad azucarera. Es decir, suponía privar de luz y agua a los propietarios, administradores, personal técnico y administrativo, quienes vivían en las inmediaciones de la fábrica, pero también a las familias de los obreros permanentes. Y, al unísono, suponía la paralización del hospital o salas de primeros auxilios, servicios brindados por los empresarios y ubicados en el mismo predio. En tal sentido, en otras coyunturas, las implicaciones de privar de asistencia médica al pueblo funcionaron como un límite para avanzar y paralizar la usina.<sup>29</sup>

Para la patronal, la suspensión de estos servicios –profundizado por el corte de las líneas telefónicas– generaba una situación de “aislamiento” que se agravaba con la “especie de sitio” que imponían los huelguistas, quienes como parte de la rutina de protesta asumían el control de los accesos de entrada y salida de las fábricas.<sup>30</sup> Esta actitud fue recuperada, a fines de 1945, por los obreros del Mercedes, quienes en pleno conflicto cerraron las puertas exteriores del establecimiento con cadenas y candados y allí se apostaron para vigilar el ingreso y egreso del personal. El forzamiento y control de los portones de acceso, el apedreo a las casas del personal administrativo y jerárquico y la rotura de portones y cercas fueron los más denunciados repertorios de la disconformidad obrera.

<sup>27</sup> *Tropico*, 9 de mayo de 1948.

<sup>28</sup> Como lo señaló Dunlop, en todo proceso tecnológico de producción hay obreros que tienen una posición más estratégica que otros, en tanto son capaces de interrumpir o desviar las tareas más fácilmente. Por tanto, el concepto estratégico no remite a la cualificación laboral, sino al poder de negociación en razón de la ubicación y posición en el proceso productivo. Véase Womack, *Posición estratégica*, 2007, pp. 15-27.

<sup>29</sup> En 1932 una “huelga vecinal” estalló en el ingenio Santa Ana, pero cuando los obreros decidieron declarar el paro “encontraron resistencias entre los habitantes del pueblo que temían por la falta de luz, agua y servicio médico. Los vecinos se juntaron en asamblea y aprobaron un paro parcial, respetando la usina, el hospital y la farmacia”. Agradezco a María Ullivarri el envío de su ponencia “El mundo del trabajo en la industria azucarera tucumana durante los años ‘30”, presentada en las V Jornadas Nacionales Espacio, Memoria e Identidad, Rosario, octubre de 2008.

<sup>30</sup> *La Industria Azucarera*, noviembre de 1945, núm. 625, p. 642. La revista *La Industria Azucarera* fue el órgano de prensa de los empresarios del dulce organizados en el Centro Azucarero Argentino (CAA). La corporación y la revista fueron creados en 1894 para defender el proteccionismo azucarero frente a diversos intentos y proyectos de rebajar las tarifas aduaneras, que eran promovidos bajo la consigna de la defensa del consumidor y la artificialidad de la agroindustria. Remitimos a Lenis, *Empresarios del azúcar*, 2016, pp. 35-56.



Imagen 2. Ingenio San Pablo. Fuente: Argentina. Archivo General de la Nación. AGAS01. Fondo Acervo Gráfico Audiovisual y Sonoro. Sección Departamento Documentos Fotográficos. Serie Repositorio Gráfico. Fotografía en papel. Caja 3035. Número de inventario: 138182. Ingenio San Pablo, Tucumán (1910).

Estas acciones fueron condenadas por la patronal al subrayar cómo afectaban la libertad de las personas que vivían dentro del establecimiento, quienes eran privadas del derecho al libre tránsito y de los servicios indispensables para su bienestar. Así, las huelgas no sólo pusieron en jaque el sistema productivo, sino que amedrentaron a los empresarios y al personal jerárquico en el seno de sus hogares. Privados de los servicios de luz y el agua, atemorizados por los “hechos vandálicos” y “sitiados” por no poder transitar libremente, los paros interpelaron a los propietarios y sus más cercanos colaboradores en su esfera privada. En este contexto, podemos decir que para los empresarios y sus colaboradores, el miedo circuló en estrecha asociación con un sentimiento de pérdida de seguridad que, a su vez, alentó emociones como la ansiedad, la incertidumbre o la zozobra, en gran medida, resultantes de la vulneración de su espacio íntimo y familiar.

Recapitulando, las medidas de fuerza subvirtieron el universo empresarial al interior de los ingenios, en tanto “la percepción de daño” a sus prerrogativas patronales se conjugó con la conmoción de su domesticidad y la de sus inmediatos empleados. En espacios como el azucarero, la compartida geografía potenció y dotó de particulares sentidos el desafío obrero, el cual,

por esos años, irrumpió en el mundo fabril argentino. Así, en estas norteñas comunidades laborales, el temor de los empresarios –quienes asistían azorados al cuestionamiento a sus prerrogativas laborales– se imbricó con un miedo más profundo e íntimo porque, a diferencia de otros espacios, la interpelación y confrontación obrera llegó hasta las puertas de sus *chalets*.<sup>31</sup>

## EL FANTASMA DEL DESABASTECIMIENTO AZUCARERO: TEMORES EMPRESARIALES Y RESPUESTAS ESTATALES

La revista *La Industria Azucarera*, órgano de prensa de los empresarios del dulce organizados en el Centro Azucarero Argentino, fue el espacio privilegiado para denunciar “el ambiente de perturbación” que se vivía en las fábricas y sus alrededores. Miedo asociado al estado de “arbitrariedad y violencia”, de “anarquía e inseguridad” que reinaba en los pueblos azucareros y contaba con la permisividad de la policía. Miedo por las formas que asumía la protesta de los trabajadores, quienes “armados con palos y alambres trataban de sembrar la confusión y la alarma general”.<sup>32</sup>

Mensualmente, la revista informaba de la “manía enfermiza de las huelgas”: transcribía los telegramas enviados por los industriales a las autoridades nacionales (secretario del Interior, secretario de Trabajo y Previsión) para informar de los “atropellos de los huelguistas y solicitar garantías”.<sup>33</sup> En sus páginas se detallaban las formas de la protesta obrera; se reseñaban las entrevistas de los empresarios con el gobernador de la provincia y las frustradas instancias de mediación oficial; y se publicaban las noticias de los diarios de Buenos Aires en relación con el “estado de dislocación social” que asolaba a la provincia norteña.<sup>34</sup>

La revista *La Industria Azucarera* permite recuperar la percepción de amenaza vivida por los empresarios y analizar la construcción y uso de esa emoción como una dimensión de su experiencia y un recurso para atizar otros miedos. Los empresarios señalaban que la recurrente paralización de las actividades “acarrearía el quebranto económico y social para gran cantidad de obreros de fábrica y surco, y también un mayor déficit en el abastecimiento del azúcar que el consumo nacional reclama, y cuyas responsabilidades no podrán

<sup>31</sup> La problemática del espacio y sus implicancias en la producción, circulación y usos del miedo es un nudo sumamente sugerente para pensar de qué forma la espacialidad forma parte de la explicación de cómo se generan y experimentan los miedos, tópico recuperado en este libro por Terán y también por Navajas y Rojkind.

<sup>32</sup> Schleh, *Compilación legal*, 1947, pp. 502, 512, 529.

<sup>33</sup> *La Industria Azucarera*, noviembre de 1945, núm. 625, p. 637.

<sup>34</sup> *La Industria Azucarera*, enero de 1946, núm. 627, p. 8.

ser achacadas a los ingenios”.<sup>35</sup> Así, construyeron un miedo bifronte donde el temor por el derrumbe de sus prerrogativas y el avance de la indisciplina obrera engendraba uno mayor: la amenaza del desempleo y el desabastecimiento. De esta forma, procuraron alentar la intervención de las agencias estatales para poner coto a las huelgas y la “anarquía” reinante.

En este sentido, por segunda vez en su historia, la cuestión social marcó el pulso de la política editorial de la revista. En los años veinte, cuando la llegada de la Unión Cívica Radical (UCR) al poder impulsó un papel más activo del Estado en la regulación de las relaciones laborales, *La Industria Azucarera* articuló un discurso defensivo que posicionaba a los empresarios como destacados proveedores de servicios sociales a sus trabajadores (vivienda, hospitales, escuelas, ollas y cocinas populares y clubes deportivos).<sup>36</sup> De esa forma, uno de los argumentos centrales de los propietarios para eludir la intervención estatal, especialmente del recientemente creado Departamento Provincial de Trabajo (1917), giró en torno a la política asistencialista que brindaban a las familias obreras.<sup>37</sup>

Una de las últimas expresiones públicas de la defensa del asistencialismo patronal fue una publicación de la corporación empresaria azucarera titulada *Asistencia social en la industria azucarera* (1943). Este libro reseñó e ilustró con múltiples fotografías la situación sociolaboral de los ingenios del norte argentino, y de forma elocuente afirmó que la azucarera era “una industria blanca de acción humanitaria y generosa, que en su amplio contenido social, asegura progreso y bienestar a los diferentes núcleos de la colectividad”. A cambio del trabajo los obreros no sólo recibían la retribución económica que les correspondía, sino otros “estímulos y halagos” que hacían “grata su vida y feliz la existencia de sus hogares”.<sup>38</sup> Los escritos e imágenes de las viviendas, los hospitales, las escuelas y las asociaciones deportivas levantadas por los propietarios en las inmediaciones del ingenio expresaban la continuidad de un discurso donde la acción social de la patronal procuraba instituirse como un paraguas refractario a la regulación de las agencias estatales.

<sup>35</sup> *La Industria Azucarera*, noviembre de 1945, núm. 625, p. 638.

<sup>36</sup> En oposición al régimen conservador, dominado por el Partido Autonomista Nacional, en 1891 nació la Unión Cívica Radical. Alternando la política de abstención y de participación electoral con el liderazgo de movimientos revolucionarios llegó al poder en 1916 cuando Hipólito Yrigoyen fue elegido presidente de la nación. El radicalismo gobernó el país hasta 1930, año en que un golpe de Estado derrocó a Yrigoyen, quien cumplía su segundo mandato presidencial. En materia laboral, los gobiernos radicales se caracterizaron por una mayor disposición a la intervención y mediación en los conflictos laborales, especialmente a través de la figura presidencial y frente a huelgas que involucraban sensibles áreas económicas. En Tucumán, durante las gestiones radicales se creó el Departamento Provincial de Trabajo, se reglamentó la ley nacional de accidentes de trabajo y se promulgaron diversas leyes obreras, como la jornada de ocho horas y el salario mínimo para los obreros de los ingenios.

<sup>37</sup> Véase Landaburu, “Los industriales y el Departamento”, 2013, p. 41.

<sup>38</sup> Centro Azucarero Argentino, *Asistencia social*, 1943, p. 9.



Como señalamos, con el peronismo, la cuestión social volvió a marcar, por segunda vez, la línea editorial de la revista, pero esta vez la retórica asumió un tono ofensivo, tono de amenaza y denuncia. El discurso empresarial hizo foco en la zozobra y el miedo, el cual, impulsado por los obreros, era percibido de forma prescindente y tolerante por las autoridades y agencias estatales y, al mismo tiempo, vaticinaba nuevos temores sintetizados en el fantasma del desempleo y la escasez de azúcar para el mercado interno. De esta forma, el miedo empujó las fronteras de los pueblos para asumir una alarmante connotación pública.

Ahora bien, la magnitud de la percepción de amenaza vivida por los industriales completa su sentido cuando se incorpora la variable de su propia debacle política y el simultáneo poder conquistado por los obreros, esos mismos que sembraban “la anarquía” en sus ingenios. Acostumbrados a liderar las campañas electorales –especialmente en los departamentos azucareros–, patrocinar redes partidarias –articuladas en torno a sus colaboradores más cercanos, especialmente, administradores y personal jerárquico de los ingenios–, detentar puestos en las históricas estructuras partidarias –conservadurismo y radicalismo– y ocupar cargos electivos a nivel provincial y nacional –especialmente legislativos–, la irrupción del peronismo marcó el ocaso político de los empresarios. Históricamente, los circuitos electorales azucareros fueron una plataforma clave para la construcción de carreras políticas impulsadas por los empresarios. Por ejemplo, el circuito de la fábrica de Bella Vista, que reunía a los habitantes del pueblo aledaño al ingenio y las colonias de trabajadores, concentró –en el periodo 1916-1943– 25% del total de votantes del departamento Famaillá, donde se ubicaba el ingenio. En razón del sistema de representación proporcional, establecido por la ley electoral provincial, este y otros circuitos azucareros brindaron una plataforma nada despreciable para acceder a una banca legislativa.<sup>39</sup>

Esta construcción partidaria, sostenida y patrocinada desde la patronal, fue conmovida desde sus cimientos por la irrupción del peronismo. La sindicalización obrera en los pueblos azucareros alentó una transformación de los liderazgos y las prácticas políticas que impactó de lleno en las identidades partidarias de estos espacios. Los sindicatos de base se instituyeron como el epicentro de un nuevo armado de poder que desafió los históricos entramados de los industriales. Otra vez, la *performance* electoral de Bella Vista ilumina el trastocamiento vivido en los pueblos azucareros. Hasta 1943 había sido un

<sup>39</sup> “A modo de ejemplo, en 1940 la bancada tucumana de diputados y senadores de la nación, conformada por nueve representantes, tuvo una sólida representación de industriales y administradores de ingenios. Siete asientos, distribuidos entre el conservadurismo (5) y el radicalismo (2), quedaron en sus manos. Aunque se trató de una coyuntura de sobrerrepresentación empresarial en el Congreso, la presencia de las patronales azucareras fue un fenómeno constante, de influencia variable, en la trayectoria política de Tucumán entre 1916 y 1943.” Gutiérrez, Lichtmajer y Santos Lepera, *Entre los cañaverales*, 2019, p. 52.

tradicional bastión de las redes patronales asociadas al radicalismo, pero las elecciones de febrero de 1946, que marcaron el acceso del peronismo al poder, confinaron a ese partido a un lugar periférico. La candidatura presidencial de Perón logró en el circuito 2 181 sufragios (88%) contra 286 (12%) de la Unión Democrática, encabezada por el radicalismo pero de la que García Fernández, propietario del ingenio, se mantuvo distante. La conquista de un porcentaje de votos lindante al 90% superó todas las marcas alcanzadas por la patronal durante la etapa previa.<sup>40</sup> Frente a esta situación, es posible imaginar cómo la pérdida de poder político no hizo más que acrecentar los temores de una patronal interpelada en sus propios ingenios por la irrupción sindical.

Marginados de la política y la trama estatal, la debacle de los industriales corrió en paralelo a la vertiginosa expansión territorial del peronismo y el inédito protagonismo de los trabajadores azucareros. Por tanto, es viable suponer que para los empresarios, los miedos y la intranquilidad vividos en los ingenios fuera aún más lacerante cuando esos obreros se convirtieron en senadores y diputados provinciales y nacionales.<sup>41</sup> La llegada a la legislatura de muchos trabajadores forjados confirmaba la fuerza plebeya del peronismo en Tucumán, particularidad refrendada en 1952 con la asunción de un obrero ferroviario como gobernador.<sup>42</sup>

La postura desafiante de los trabajadores en los ingenios se apoderó del recinto legislativo –espacio históricamente ajeno a su presencia– y convirtió la interpelación a los industriales en un asunto público. Así, en 1946, los trabajadores denunciaron la mala atención de algunos médicos de las fábricas azucareras quienes, al ser copropietarios o familiares de los industriales, no

<sup>40</sup> Lichtmajer y Gutiérrez, “Hacer política”, 2017, p. 316. La ofensiva a los empresarios azucareros también se hizo presente al interior de los partidos. En el radicalismo –que había gobernado Tucumán desde su llegada al poder en 1917 hasta 1943– la marginación de los industriales se convirtió en un objetivo partidario. Al interior de la UCR su exclusión se concibió como la posibilidad de promover una renovación dirigencial encarnada en sectores jóvenes y alentar una mejor adaptación política frente al desafío que implicaba el protagonismo obrero impulsado por Perón. Este problema fue analizado por Lichtmajer, *Derrota y reconstrucción*, 2016, pp. 91-100.

<sup>41</sup> Entre 1946 y 1950, Mackinnon reconoce once diputados provinciales de origen explícitamente obrero o que tienden a defender posiciones obreras. En lo que hace al bloque de senadores, entre nueve y once son obreros o defienden posiciones vinculadas a esos intereses. Por tanto, “en Tucumán la FOTIA o los legisladores de origen obrero componen la mayoría de la legislatura”. Mackinnon, “El protagonismo del movimiento”, 2003, pp. 95-96.

<sup>42</sup> La interpelación obrera en las fábricas, pero también en el recinto legislativo puede leerse como una impugnación (y al mismo tiempo una reafirmación) de las jerarquías sociales. En esta línea de preocupaciones, destacamos la sugerente propuesta que realizó Guillermo O’Donnell (“¿Y a mí qué?”, 1997). Por su parte, Natalia Milanesio analizó cómo durante el primer peronismo la democratización del consumo de bienes interpeló tradicionales identidades de clase y aceptadas formas de jerarquía social, simbolizada en la “historia de la empleada doméstica vestida como su empleadora”. Así, la “pérdida de monopolio sobre espacios, prácticas y bienes de consumo que tradicionalmente habían detentado [ciertos sectores] constituyó un factor disruptivo de las identidades sociales que amenazaba con generar confusiones entre clases”. Milanesio, *Cuando los trabajadores*, 2014, p. 157.

recetaban medicamentos por un valor superior a los seis pesos o simplemente recomendaban purgantes o cafiaspirinas sin importarles la enfermedad del paciente. Y, como lo señaló el diputado Juan Antonio González, obrero del Mercedes, “no ha faltado la insolencia de un administrador de ingenio que diga a su médico: sepa que el ingenio está para fabricar bolsas de azúcar, no para curar enfermos”.<sup>43</sup> Ese mismo año, el diputado del azucarero departamento de Cruz Alta, Miguel Ángel Díaz, denunció la condición de 50 familias que trabajaban en la colonia Lolita del Concepción, quienes habían sido trasladadas al cuadro del “ingenio y arrojadas en corrales, junto con los animales”. El legislador reivindicó la presencia obrera en el recinto, solicitó insertar las fotografías de los trabajadores en el diario de sesiones de la Cámara de Diputados y fue más allá al pedir la conformación de una comisión de legisladores para que recorriera los ingenios y denunciara situaciones similares.<sup>44</sup>

Los empresarios vivían las huelgas y la interpelación legislativa como una afrenta que conmovía sus tradicionales prerrogativas, espacios y construcciones de poder y azuzaron el miedo al desabastecimiento, no sólo como una preocupación genuina, sino como una forma de encender la alarma oficial y alentar la capacidad arbitral y regulatoria estatal. Por su parte, frente a la continua paralización de actividades productivas, el gobierno nacional y provincial asumió una actitud cada vez menos tolerante que alcanzó su punto álgido a fines de 1949, año en que también tuvo que poner freno a una embestida legislativa de los senadores forjados destinada a alentar la expropiación o incautación de ingenios.

En este contexto, cada vez con mayor énfasis, el desafío obrero expresado en los paros parciales se conjugó con los llamados de las agencias estatales a la disciplina y la productividad, pero también con la declaración de ilegalidad de muchas huelgas, particularmente las vinculadas con las exigencias de despidos o reubicación del personal fabril. La DRSTYP le reclamaba a los sindicatos canalizar las reivindicaciones por su Oficina de Conciliación, exigía que primero se agotaran las instancias formales de negociación, es decir, las reuniones paritarias cuyo propósito era concluir con la firma de un convenio y evitar la declaración de huelgas.<sup>45</sup> Pero los desbordes fueron permanentes y el delegado regional no dudó en subrayar la necesidad de “cumplir con una tarea orgánica y en base a una elemental disciplina”, de lo contrario, la improcedencia de ciertas conductas

<sup>43</sup> Biblioteca de la Legislatura de la Provincia de Tucumán (en adelante BLPT), Diario de Sesiones, Cámara de Diputados, Tucumán, 19 de diciembre de 1946, p. 856.

<sup>44</sup> BLPT, Diario de Sesiones, Cámara de Diputados, Tucumán, 31 de octubre de 1946, p. 680.

<sup>45</sup> El sindicato debía elevar un pliego petitorio a la administración del ingenio, a lo que seguía una reunión de las partes con un representante de la DRSTYP. Esta instancia podía concluir en la firma de un convenio o desatar la huelga. Muchas veces, obviando los canales de negociación pautados, las medidas de fuerza antecedían a la presentación del reclamo.

obreras podía conducirlos a perder el apoyo del gobierno central.<sup>46</sup> Se trataba de una advertencia oficial con tono de amedrentamiento que condensaba esa tensión inherente al peronismo: su condición de movimiento social, en muchos sentidos herético, y sus necesidades como forma de poder estatal.<sup>47</sup>

La declaración de ilegalidad de huelgas parciales seguida de la intervención de los sindicatos por la DRSTYP fue recurrente. Así, cuando la agencia estatal dispuso estas medidas frente a la paralización de actividades en el ingenio Florida, no dudó en subrayar que en

su función tutelar de contralor y cumplimiento de las leyes del trabajo [...] está dispuesta a no tolerar y reprimir con energía toda perturbación que entrañe una alteración en el desarrollo armónico de las relaciones que deben existir entre los factores que intervienen en la producción, por la grave repercusión que hechos de esta naturaleza tienen en las actividades productoras y por las perturbaciones económicas que en consecuencia traen aparejadas.<sup>48</sup>

Los miedos circularon y se retroalimentaron. De esta forma, el temor al desabastecimiento del azúcar agitado por los empresarios se convirtió en una sensible preocupación del gobierno que llamó a los obreros a aumentar la productividad. En tal sentido, frente al fracaso de las advertencias y las medidas tomadas por la DRSTYP para hacer frente al desborde de los canales formales de conciliación, se promovió una nueva instancia de negociación, pero esta vez fuera de la órbita provincial: el Banco Central de la República Argentina. El acta, firmada el 24 de abril de 1947, explicitaba que mientras se resolvía el arbitraje “ninguna de las partes tomará medidas de ninguna naturaleza que signifiquen o equivalgan a paralizar u obstaculizar la recolección de caña y la fabricación de azúcar”. Asimismo, los firmantes se comprometían a hacer los “mayores esfuerzos para que esta fórmula o compromiso” funcionara de forma eficaz, “atento a los intereses del país que se ven comprometidos en este género de cuestiones”.<sup>49</sup>

<sup>46</sup> *La Industria Azucarera*, septiembre de 1946, núm. 635, t. II, p. 495. Véase también *La Gaceta*, 20 de septiembre de 1946.

<sup>47</sup> James, *Resistencia e integración*, 2005, p. 58. Las huelgas tensaron el propio mapa sindical, quizá la figura de Manuel Parés –obrero del ingenio Mercedes, quien fue designado delegado regional de la STYP en julio de 1946– sintetiza el dilema de muchos trabajadores, especialmente de quienes también asumieron una función gubernamental. Como funcionario, Parés declaró ilegales muchas huelgas e intervino sindicatos, decisión que lo confrontó con obreros y dirigentes de base. En este sentido, su figura expresaba la política laboral oficialista que bregaba por agotar los canales de conciliación antes de declarar una medida de fuerza. Su contrafigura fue Rómulo Chirino, obrero del ingenio La Florida, quien se jactaba de paralizar la fábrica sólo con un silbido. Las disputas públicas entre ambos fueron constantes.

<sup>48</sup> *La Industria Azucarera*, septiembre de 1947, núm. 647, t. II, p. 461.

<sup>49</sup> Schleh, *Compilación legal*, 1947, p. 158. La radicación de la instancia de negociación sectorial en el Banco Central se vincula con la política de tutelaje estatal que, desde 1943, se articuló sobre el parque

Cada vez con mayor incomodidad e intransigencia el gobierno respondió a la persistencia de las huelgas obreras. El uso ilegítimo e indiscriminado de los paros fue denunciado ese mismo año de 1947 por Perón, quien subrayó que “fuerzas oscuras y clandestinas” estaban a la tarea de subvertir las organizaciones de los trabajadores. Los comunistas se hacían pasar por peronistas para “ser aceptados como dirigentes sindicales” y promover reivindicaciones “inapropiadas e inoportunas” que desataban huelgas para enfrentar a los trabajadores con el gobierno.<sup>50</sup> En Tucumán este discurso fue recuperado por el oficialista diario *Trópico*, el cual llamaba a los sindicatos a evitar las huelgas y sostener la productividad, así actuarían con responsabilidad y enfrentarían a los “agitadores profesionales” y “usufructuarios de la perturbación extremista”, quienes conspiraban contra el trabajo y el gobierno.<sup>51</sup> El temor al desabastecimiento del mercado interno agitado por los empresarios azucareros adquiría para las autoridades visos de un complot que amenazaba con truncar el desarrollo económico del país y el bienestar de la clase trabajadora. De esta forma, los miedos se articulaban detrás de un objetivo común, poner coto a los paros obreros y garantizar el azúcar para el mercado interno.

A pesar de las advertencias, lejos de menguar, las huelgas se multiplicaron y profundizaron, pero ya no serían los paros parciales los que sacudirían al complejo agroindustrial, sino las medidas de fuerza decididas por la entidad madre, la FOTIA. En septiembre de 1948, la Federación obrera declaró una huelga general en reclamo de un aumento salarial destinado a compensar la escalada inflacionaria del país. Dos meses después, cuando Eva Perón llegó de visita a Tucumán no evitó recordarle a los “descamisados” que la oligarquía no estaba muerta, por el contrario

espera para dar su zarpazo traicionero porque no le perdonará jamás al general Perón que haya hecho un gobierno eminentemente popular y, sobre todo, para los trabajadores de la patria. Por eso, el deber de la clase obrera es seguir apoyando al general Perón. Para ello nada mejor que cumplir su lema de producir,

---

agroindustrial. En tal sentido, desde ese año y hasta fines de 1949, se avanzó en un ordenamiento nacional e integral de la actividad azucarera que ubicó al Estado nacional en el centro de la escena como administrador y regulador de las distintas demandas sectoriales en función, en gran medida, de los subsidios y compensaciones otorgados a industriales y cañeros.

<sup>50</sup> *La Prensa*, 21 de agosto de 1947. Referencia extraída de Doyon, *Perón y los trabajadores*, 2006, p. 298.

<sup>51</sup> *Trópico*, 21 de septiembre, 4 y 6 de octubre de 1947. El diario *Trópico* fue fundado en 1947 por la Universidad Nacional de Tucumán (UNT). “Mediante esta publicación, editada por el Instituto de Periodismo de la UNT, el gobierno buscó disputar desde una postura afín al oficialismo el monopolio de *La Gaceta* en la esfera de la prensa escrita.” Véase Lichtmajer, “La articulación de una estrategia”, 2013, p. 185.

producir y producir, porque produciendo podrá triunfar en todos los ámbitos la obra del general Perón.<sup>52</sup>

En una coyuntura de crisis económica, que no haría más que profundizarse, Eva les recordaba a los obreros que la oligarquía del norte estaba al acecho y dispuesta a dar un “zarpazo” del que ellos, sin duda, serían sus primeras víctimas. Pese a esta alerta, que no desconoció la preocupación por la producción, la protesta obrera encarnada en las huelgas continuó *in crescendo*, lo que supuso un desafío no sólo para la patronal, sino para el gobierno nacional y provincial.

A la suspendida recomposición salarial se sumaron los despidos, cuya más dramática expresión fue la quiebra del ingenio Esperanza y el masivo despido de trabajadores, decisión empresarial que en un contexto de crisis y malas cosechas se replicó en otras fábricas. En esta coyuntura, la interpelación obrera al mundo empresarial encontró su punto álgido cuando los senadores peronistas, muchos de ellos de extracción foránea, aprobaron una ley que autorizaba al poder ejecutivo a incautar o expropiar toda industria, comercio o explotación agrícola “cuando las circunstancias así lo aconsejen en interés de la defensa de la seguridad en el trabajo”.<sup>53</sup> En un contexto signado por los despidos en masa, esta medida iba casi exclusivamente dirigida contra los ingenios. La fundamentación de la ley, a cargo del senador oficialista Julio Mirandou, no dejó dudas: como en otras ocasiones, el peronismo debía sancionar una ley que afectaba los intereses de la clase capitalista en beneficio de los desposeídos. “Queremos la planificación y la distribución de la riqueza”, lo que supone que la libertad individual cuando causa perjuicios a la comunidad pueda ser limitada. “Hasta ahora el derecho y las leyes [...] han sido siempre interpretadas, legisladas y sancionadas en beneficio de los menos y en perjuicio de los más.”<sup>54</sup>

El desafío obrero avanzaba sobre una sensible arista: la propiedad privada. Pero cuando el miedo –entendido como la percepción de daño– parecía inminente, llegó a Tucumán el interventor del partido peronista, quien fijó “los límites del proceso de transformación” al señalar que se debían buscar los “medios de impedir o atenuar los despidos. Pero sin apartarnos del derecho”.<sup>55</sup> La conformación de una comisión mixta de legisladores, destinada a estudiar una nueva iniciativa que diera solución a los despidos, clausuró la alternativa expropiatoria y marcó un punto de inflexión en el desafío obrero. La decisión impuesta por el interventor del partido expresó los límites y la forma en que el gobierno peronista se vio obligado a contener los desbordes de una ofensiva que había coadyuvado

<sup>52</sup> *La Gaceta*, 6 de noviembre de 1948.

<sup>53</sup> *La Gaceta*, 13 de febrero de 1949.

<sup>54</sup> *Tropico*, 19 de febrero de 1949.

<sup>55</sup> Mackinnon, “El protagonismo del movimiento”, 2003, p. 109.

a alentar. Pero, lejos de aquietarse, las demandas obreras recrudecieron y, en marzo de 1949, la FOTIA optó por declarar una huelga en busca de una solución para los despidos obreros y en abierta hostilidad con las agencias estatales que reclamaban el uso y la vigencia de las instancias de conciliación y arbitraje.

La dilación frente a la demanda de aumento salarial, que llevaba seis meses, se recrudeció frente al exiguo ofrecimiento del gobierno consistente en 18 por ciento. Como respuesta la FOTIA declaró, el 14 de octubre de 1949, una huelga general por tiempo indeterminado.<sup>56</sup> La decisión adoptada por el gobierno fue contundente y, a finales de ese mes, el director nacional de Trabajo y Acción Social declaró ilegal el paro porque se había desatado “sin que mediaran causas que lo justifiquen y sin haberse interrumpido las negociaciones”. Al unísono, se subrayaba que la actitud revestía “agravantes” porque no sólo se lesionaba la economía del país, sino que peligraba el normal abastecimiento de un producto de primera necesidad.<sup>57</sup> A la ilegalidad de la huelga se le sumó el cierre de los locales sindicales, la detención de sesenta dirigentes y, finalmente, la intervención del más importante sindicato del norte argentino por la central obrera, la Confederación General del Trabajo (CGT).<sup>58</sup>

La huelga se levantó el 29 de noviembre, luego de 46 días, y el 2 de diciembre el presidente de la nación difundió por radiotelefonía un discurso con el que concluyó un ciclo del sindicalismo azucarero. Uno por uno, Perón le puso nombre y apellido a los “malos dirigentes”, quienes valiéndose de una genuina necesidad utilizaron a los trabajadores “como trampolín para sus aspiraciones políticas”, confusionismo aprovechado por la oposición, especialmente por los comunistas que formaban las “células de agitación partidaria en el Norte” y también por los “conservadores, radicales, socialistas, y en general de todos los elementos que componen la Unión Democrática”. Pero también fue más allá al imbricar estas intenciones políticas con un “premeditado plan imperialista” ligado a una campaña de descrédito y desprestigio de la Argentina. De esta forma, Perón les dio carnadura social y política a los enemigos internos que acechaban el norte argentino y, al unísono, alimentaban los planes de los enemigos externos que amenazaban con destruir las “realizaciones justicialistas”.<sup>59</sup>

<sup>56</sup> En función del sistema de subsidios y compensaciones que regía a la industria azucarera desde 1944, el Estado nacional se ubicó en el centro de la puja sectorial y fue el interlocutor de las demandas de los distintos actores (empresarios, plantadores y trabajadores), quienes procuraron incidir en la redistribución de los recursos estatales destinados a la agroindustria.

<sup>57</sup> Schleh, *Compilación legal*, 1947, p. 157.

<sup>58</sup> Louise Doyon señala que después de 1948 la mayoría de las intervenciones de la central obrera fueron motivadas por la negativa de un sindicato a poner fin a una huelga. En tal sentido, no sólo el sindicato azucarero fue intervenido, la misma decisión recayó sobre los textiles, bancarios, panaderos, frigoríficos, gráficos, marítimos y la construcción, entre otros. Doyon, *Perón y los trabajadores*, 2006, p. 313.

<sup>59</sup> *La Industria Azucarera*, diciembre de 1949, núm. 674, p. 194.



Así se cerraba el primer ciclo del sindicalismo azucarero y se iniciaba un largo derrotero destinado a la normalización y reorganización institucional de la FOTIA. Este proceso estuvo marcado por la decisión de la CGT de revertir el carácter federativo del sindicalismo –ese que otorgaba la facultad de declarar huelgas parciales– y por el firme posicionamiento de las bases de resistir la avanzada centripeta comandada por las autoridades de la intervención. Esta puja dilató el proceso de normalización sindical que, cuando parecía concluir, fue abruptamente clausurado por el golpe de Estado que, en septiembre de 1955, derrocó al presidente Juan D. Perón.

## CONSIDERACIONES FINALES

Situarnos en los ingenios azucareros en los primeros años de la experiencia peronista constituye un observatorio privilegiado para reflexionar sobre el miedo y la forma en que los obreros, los empresarios y el propio gobierno lo vivenciaron y politizaron. Así, durante los años analizados, los usos de esta emoción se cargaron de sentidos e intencionalidades que cada quien construyó y azuzó abrevando en sus experiencias, intereses y expectativas. Miedos que circularon, se retroalimentaron y potenciaron unos a otros.

Un común denominador de la etapa peronista fue la transferencia de poder que, en favor de los trabajadores, socavó las prerrogativas patronales a lo largo y ancho del país, pero en las comunidades azucareras ese desafío asumió particulares connotaciones que convirtieron la percepción de daño en algo mucho más propio. El común y compartido ámbito doméstico fue capitalizado por las protestas obreras, en tanto la vulneración de las viviendas de los propietarios y sus estrechos colaboradores los interpeló en el corazón de su vida privada y familiar. Los obreros convirtieron estas acciones colectivas en una instancia de politización del miedo: el inédito desafío a la patronal en su más íntimo y sentido espacio se convirtió en un gesto político inscrito en el cruce entre la percepción de daño y el revanchismo.

Como contrapunto, los empresarios denunciaron públicamente el “estado de subversión” vivido en los pueblos, traducido en la falta absoluta de garantías, no sólo para el trabajo, sino para “la libertad individual”,<sup>60</sup> pero fueron más allá porque, lejos de constreñir su denuncia a la pérdida de sus facultades en los ingenios o por el estado de anarquía vivido en los pueblos, avanzaron para convertir a las huelgas en una amenaza mayor, un daño de envergadura social y nacional cifrado en el inminente desabastecimiento del azúcar y el

<sup>60</sup> Schleh, *Compilación legal*, 1947, p. 512.

crecimiento del desempleo. De esta forma, azuzaron miedos a los que ningún gobierno podía permanecer indiferente y así fue.

En este contexto, las agencias estatales desplegaron diversas estrategias. Por un lado, procuraron encauzar la conflictividad por los canales formales de conciliación para evitar las huelgas y preservar los niveles de productividad. Pero ante la persistencia de la paralización de las actividades este llamado se conjugó con una sensible amenaza –la pérdida de apoyo del gobierno peronista– y una contundente medida –la declaración de ilegalidad de muchos paros y la intervención de los sindicatos. Pero cuando las huelgas ya no fueron iniciadas por los sindicatos de base, sino por la propia Federación obrera, el límite del Estado peronista se impuso a través de la ilegalidad de la medida de fuerza (declarada en octubre de 1949) y la intervención de la FOTIA. En esa coyuntura, Perón no dudó en usar la radio para denunciar públicamente a los “malos dirigentes”, pero, sobre todo, para precisar quiénes eran y de dónde venía la amenaza. La clara identificación de los enemigos externos e internos de la Argentina fue toda una operación política que identificaba miedos, advertía de inminentes peligros colectivos y posicionaba al gobierno para poder enfrentarlos.

## FUENTES CONSULTADAS

### *Archivos*

- AGN      Archivo General de la Nación (Argentina).  
BLPT      Biblioteca de la Legislatura de la Provincia de Tucumán.

### *Hemerografía*

- La Gaceta*, San Miguel de Tucumán, 1945, 1946, 1948, 1949.  
*La Industria Azucarera*, Buenos Aires, 1945, 1946, 1947, 1949.  
*Trópico*, San Miguel de Tucumán, 1947, 1948, 1949.

### *Bibliografía*

- Adamovsky, Ezequiel, *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*, Buenos Aires, Planeta, 2009.  
Bravo, María Celia, *Campesinos, azúcar y política. Cañeros, acción corporativa y vida política en Tucumán 1895-1930*, Rosario, Prohistoria, 2008.

- \_\_\_\_\_ y Florencia Gutiérrez, “La política azucarera argentina: de la concertación sectorial al tutelaje estatal (1928-1949)”, *H-Industria*, núm. 14 (8), 2014, pp. 155-188.
- Bustelo, Julieta, “Política azucarera del primer peronismo (1943-1955): cambios, continuidades, respuestas sectoriales”, *Travesía*, vol. 17, núm. 2, 2016, pp. 7-31.
- Campi, Daniel, “Captación forzada de mano de obra y trabajo asalariado en Tucumán, 1856-1896”, *Anuario IEHS*, núm. 8, 1993, pp. 47-71.
- \_\_\_\_\_, “Contrastes cotidianos. Los ingenios del norte argentino como complejos socioculturales, 1870-1930”, *Varia Historia*, vol. 25, núm. 41, 2009, pp. 253-254.
- Centro Azucarero Argentino, *Asistencia social en la industria azucarera*, Buenos Aires, Establecimiento Gráfico Ferrari Hermanos, 1943.
- Doyon, Louise, *Perón y los trabajadores. Los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.
- Gutiérrez, Florencia, “La irrupción del poder obrero en los ingenios azucareros: avances, límites y cuestionamientos. Tucumán, 1944-1955”, *Quinto Sol*, vol. 18, núm. 2, 2014, pp. 135-157.
- \_\_\_\_\_ y Gustavo Rubinstein (coords.), *El primer peronismo en Tucumán. Avances y nuevas perspectivas*, Tucumán, EDUNT, 2012.
- \_\_\_\_\_, Leandro Lichtmajer y Lucía Santos Lepera, *Entre los cañaverales. La irrupción del peronismo en Tucumán*, Buenos Aires, Grupo Editor Universitario/Editorial de la Universidad Nacional de Mar del Plata, 2019.
- James, Daniel, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005.
- Landaburu, Alejandra, “Los industriales y el Departamento Provincial de Trabajo ante el conflicto obrero de 1919 en Tucumán” en Mirta Lobato y Juan Suriano (comps.), *Las instituciones laborales en la Argentina (1900-1955)*, Buenos Aires, Edhasa, 2013, pp. 85-104.
- Lenis, María, *Empresarios del azúcar. Corporaciones, política y discursos. Tucumán (1894-1923)*, Buenos Aires, Imago Mundi/Consejo Federal de Inversiones, 2016.
- Lichtmajer, Leandro, “La articulación de una estrategia política opositora al peronismo. Radicales, periodistas y prensa escrita en Tucumán, 1943-1949”, *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, núm. 86, 2013, México, pp. 169-191.
- \_\_\_\_\_, *Derrota y reconstrucción. El radicalismo tucumano frente al peronismo, 1943-1955*, Buenos Aires, EDUNTREF, 2016.
- \_\_\_\_\_, “Repensando el proceso de ampliación democrática en el noroeste argentino. Redes partidarias y campañas electorales en el espacio azucarero de Tucumán (1917-1943)”, *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*, núm. 118 (2), 2020, pp. 103-131.

- \_\_\_\_\_ y Florencia Gutiérrez, “Hacer política en un pueblo azucarero: prácticas a ras del suelo en la transición del radicalismo al peronismo. Bella Vista (Argentina)”, *Anuario de Estudios Americanos*, núm. 74 (1), 2017, pp. 295-321.
- Lobato, Mirta, “Historia social, historia del trabajo y los estudios de género en la Argentina” en Enrique Mases (comp.), *Trabajadores y trabajadoras en la Argentina: aportes para una historia social*, Neuquén, EDUCO/Universidad Nacional del Comahue, 2011, pp. 23-50.
- Mackinnon, Moira, “El protagonismo del movimiento obrero tucumano en la formación del Partido Peronista (1945-1950)” en Sergio Grez Toso, Francisco Zapata y Moira Mackinnon (coords.), *Formas tempranas de organización obrera*, Buenos Aires, Instituto Torcuato Di Tella/La Crujía, 2003, pp. 93-121 (Documento de Trabajo, 4).
- Mercado, Lucía, *El Gallo Negro. Vida, pasión y muerte de un ingenio azucarero*, Tucumán, Producciones Gráficas, 1999.
- Milanesio, Natalia, *Cuando los trabajadores salieron de compras. Nuevos consumidores, publicidad y cambio cultural durante el primer peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014.
- O’Donnell, Guillermo, “¿Y a mí qué me importa? Notas sobre la sociabilidad política en Argentina y Brasil” en Guillermo O’Donnell, *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Buenos Aires, Paidós, 1997, pp. 5-47.
- Paterlini de Koch, Olga, *Pueblos azucareros de Tucumán*, Tucumán, Facultad de Arquitectura y Urbanismo-Universidad Nacional de Tucumán, 1987.
- Robin, Corey, *El miedo. Historia de una idea política*, México, FCE, 2009.
- Rosas Moscoso, Fernando, “El miedo en la historia: lineamientos generales para su estudio” en Claudia Rosas Lauro (ed.), *El miedo en el Perú. Siglos XVI al XX*, Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2005, pp. 23-32.
- Schiavi, Marcos, “Algunas consideraciones sobre el poder obrero y productividad en el primer peronismo: la mirada de los industriales metalúrgicos” en Daniel Di-cósimo y Silvia Simonassi (comps.), *Trabajadores y empresarios en la Argentina del siglo XX: indagaciones desde la historia social*, Rosario, Prohistoria, 2001, pp. 176-189.
- Schleh, Emilio, *Compilación legal sobre el azúcar*, Buenos Aires, Imprenta Ferrari Hermanos, 1947, t. XI.
- Ullivarri, María, “Trabajadores, Estado y derechos. El Departamento Provincial de Trabajo tucumano durante la década de 1930” en Mirta Lobato y Juan Suriano (comps.), *Las instituciones laborales en la Argentina (1900-1955)*, Buenos Aires, Edhasa, 2013, pp. 155-176.
- Womack, John Jr., *Posición estratégica y fuerza obrera. Hacia una nueva historia de los movimientos obreros*, México, COLMEX/FCE, 2007.